

¿Podemos ser santos?

Por Leslie Evans

Tomado de la "Wesleyan Advocate", Marzo 2001

(Extraído de *The Flame*, Oct.-Dic.2000)

Ciertamente somos llamados a ser santos. Sin embargo hay muchos cristianos hoy día que temen hasta la idea de la santidad.

La Liga de Oración se formó hace más de cien años para establecer una confraternidad inter-denominacional de oración con tres grandes objetivos. Primero, orar para que todo creyente experimentara la llenura del Espíritu Santo. Segundo, animar a cristianos a orar regularmente pidiendo avivamiento. Tercero, orar para que se difundiera la santidad bíblica.

En 1947, el Dr. W.E. Sangster, antes ministro de Westminster Central Hall y presidente de la Conferencia Metodista, escribió un libro desafiante titulado *Methodism: Her Unfinished Task* (El Metodismo: Su Trabajo No Terminado). En la portada del libro están estas palabras de Sangster: "Dedicado al pueblo llamado metodistas, con mucho cariño y gratitud calurosa, pero con preocupación creciente." En este libro, se expresan varias inquietudes, pero un capítulo entero se dedica a la preocupación del autor de que el metodismo prácticamente hubiera cesado de llevar a cabo su llamamiento de difundir la santidad bíblica, y que esto era parte del trabajo del metodismo "no terminado."

Nos acordamos de que Juan Wesley insistía en que el propósito del metodismo era "difundir la santidad bíblica por toda la tierra." En cuanto a la santidad bíblica (a veces llamada la perfección cristiana, la santificación entera, o el amor perfecto), Wesley dijo: "Esta doctrina es la gran custodia que Dios ha entregado al pueblo llamado metodistas, y parece que principalmente para propagarla nos ha levantado."

Hace más de 50 años, Sangster hizo este comentario acerca de su propia denominación: "Una de las tragedias de esta rama de la Iglesia se encuentra en su descuido de la misma doctrina que Dios la levantó a recobrar. La pobreza del mundo en cuanto a la santidad clama al cielo. La única cosa que necesitamos es la santidad. Toda otra necesidad depende de ella. Es tan central y primaria que se puede decir, sin exagerar, que si ésta la buscáramos y halláramos, todas las otras cosas nos serían añadidas. Se dice comúnmente que la Iglesia necesita avivamiento. La santidad trae avivamiento. Es por eso que muchas de las personas más discernientes entre nosotros hoy proponen que no necesitamos tanto una misión a los que están alejados de la Iglesia, sino una misión a los que están adentro. La santidad trae avivamiento."

El creer que nunca podemos ser limpios, nunca conocer victoria sobre el pecado, quiere decir que siempre tenemos que hacer provisión mental para el pecado, limitar lo que Dios puede hacer para el que cree, y aún hacer el poder del pecado más grande que el poder salvador de Dios. Somos llamados a la santidad, y toda la gracia de Dios que obra en nuestra vida se dirige a ese fin. Claro, si nos enfocamos solamente en el poder del pecado y la manera en que nuestra naturaleza ha sido completamente corrompida por todas sus formas y ramificaciones, nos desesperaríamos de jamás ser santos. Pero ¿no debemos comenzar con Dios - con Su voluntad, Su propósito, y Su poder? Es allí donde comenzó Carlos Wesley en uno de sus grandes himnos sobre la santidad, "Dios de Todo

Poder, y Verdad, y Gracia”. En el himno Wesley está orando - y quisiera que nosotros oráramos - y ¡qué gran oración es!

*Purifícame de toda mancha impía,
Quítame todos mis ídolos;
Límpíame de todo pensamiento pecador,
De todo el sucio del egoísmo y orgullo.
Dame un corazón nuevo, perfecto.
Líbrame de duda, miedo, y tristeza;
Impárteme ese sentir de Cristo,
Y que mi espíritu sea uno contigo.*

¿En verdad creía Carlos Wesley que todo esto era posible, que Dios realmente podía contestar su oración y hacerlo santo? Es importante notar dónde Wesley comenzó. Comenzó con Dios. El himno comienza con el hecho de Dios y la naturaleza de Dios, y es preciso que nosotros comencemos allí.

Si verdaderamente creemos en un “Dios de todo poder, y verdad, y gracia,” entonces ¿habrá algo demasiado difícil para el Señor? Será un gran día para todos los cristianos cuando lleguemos a creer que Dios puede hacernos lo que, por medio de Cristo y el poder del Espíritu Santo, Él propuso hacernos - un pueblo santo.

¿Qué hay en un nombre?

Por Robert W. McIntyre

De *The Wesleyan Advocate*, Junio, 2001

¿Cuál es el significado del nombre *wesleyano*?

Se deriva del nombre de un clérigo de la Iglesia Anglicana del siglo 18, Juan Wesley. Wesley fue el instrumento escogido de Dios para restablecer un énfasis en la verdad de que Cristo llama a sus redimidos a vivir vidas de amor y santidad.

Primero, en un mundo de maldad la santidad queda todavía como un ideal. No hay necesidad de establecer el argumento que la sociedad es defectuosa. La evidencia está en todas partes. Sin embargo el ideal de la santidad existe no solamente en la Iglesia, sino también en la sociedad. Códigos de ética, investigaciones, denuncias, convicciones, y aún la desaparición de candidatos políticos, todos testifican de la desilusión de la sociedad al descubrir un defecto en el ideal.

Segundo, en un mundo de movimientos en masa, la santidad es esencialmente personal. Es obvio que éste es un mundo de movimientos populares. Otro término para ello es la presión de los compañeros. El escritor de propaganda que logre iniciar una moda se considera exitoso. Una moda - es decir, la noción popular de que "todos lo hacen" - viene a ser el criterio para decisiones éticas.

Tercero, en un mundo de individualismo desenfrenado, la santidad tiene una dimensión social. El hecho de que somos criaturas sociales es innegable. Jesús, nuestro ejemplo, *crecía en sabiduría y estatura, y en gracia para con Dios y los hombres* (Lucas 2:52, énfasis añadido).

Ese clérigo del siglo 18, de quien se deriva la palabra *wesleyano*, predicó y practicó la dimensión social de la santidad. Al predicar sobre el Sermón del Monte, Wesley dijo, "El cristianismo es esencialmente una religión social. Torcerla a una solitaria es destruirla" (*Obras de Wesley*, V, p. 296). "Cristiano solitario" es poco menos de una contradicción de términos.

Wesley le puso pies a su predicación. Fue un activista social, pero no en el sentido que el término se usa hoy. No organizó demostraciones para persuadir al gobierno a cuidar de los pobres. Él mismo lo hizo. De hecho, por tal causa gastó casi todo su dinero, y luego recaudó fondos de otras personas.

La santidad social tiene que provenir de una conciencia social santa que primero intenta establecer normas constructivas y saludables para la sociedad y luego responde de manera amorosa a las necesidades de los menos privilegiados. Lo que nos urge ahora es la santidad en las calles, en los callejones y en los mercados del mundo...la santidad en traje y la santidad en ropa de trabajo....la santidad en oficinas y la santidad en talleres.

La santidad con sus implicaciones personales y ramificaciones para la compasión social: ésta es una parte significativa de lo que hay en el nombre *wesleyano*. El mundo todavía responde a la santidad social práctica. Cristo no tiene otros pies que los nuestros ni otras manos que las nuestras.

Mi descubrimiento de la santidad

por Chet Todd

En un instante, se terminó la guerra.

Soy un predicador de la santidad. Mi padre fue un predicador de la santidad. Soy de un linaje largo de personas que han creído en la experiencia de la santidad, la han enseñado y la han vivido. He estudiado la santidad en el seminario, he escrito papeles y ensayos sobre el tema, y he predicado sermones sobre la experiencia de la entera santificación.

Hace unos meses, no obstante, tuve un encuentro con Dios que no fue como nada que había experimentado antes. Mientras que creo en el poder santificador del Espíritu Santo de Dios en la vida, este encuentro me hizo volver a evaluar, ahora más que nunca, lo que creo acerca de la santidad y la experiencia de la entera santificación.

Un ciclo de fracasos

Hacía años que luchaba con la cuestión de la santidad. No era que no creía en la santidad como una segunda obra de la gracia. Mi problema resultaba de mis observaciones de otras personas, inclusive muchos compañeros de clase en el seminario, que testificaban abiertamente de tener esta experiencia, pero en privado parecían muy diferentes. Observaba que en su vida privada, ellos luchaban con el pecado tanto como los que negaban el poder purificador del Espíritu Santo.

Por más que veía esta contradicción en otros, más firme estaba mi determinación de vivir una vida santa. Sin embargo, a pesar de esta resolución, me encontraba a menudo postrado a los pies de Jesús, habiendo fracasado otra vez. Estaba convencido de que la razón por mi fracaso no era que Dios no me había santificado, sino que no había dedicado suficiente tiempo a la oración o con la Biblia. Cada vez que el Señor me renovaba, me levantaba más determinado que nunca de ser el hombre que Dios quería que fuera.

El lugar de la desesperación

Hace unos años, este ciclo de fracasos me llevó al punto de desesperación. Había estado tratando con actitudes en mi vida que sabía que no agradaban a Dios arrepintiéndome una y otra vez por esas mismas actitudes.

Un día mientras iba a solas en el carro, tuve una conversación sincera con Dios. “Padre”, le dije, “Estoy cansado de todo esto y no sé qué hacer. No es que no confío en ti; confío completamente en ti. El problema es que no confío en mí mismo.”

Entonces, en lo más profundo de mi corazón, oí a Dios decirme, “Eso, mi hijo, ha sido tu problema durante todo tu caminar cristiano. Has confiado en tus oraciones de consagración y tu habilidad de encomendarte a mí para hacerte santo y guardarte. Yo sé que tú crees que puedo hacerlo. Lo que te pregunto ahora es, ¿crees que lo haré?”

El momento de la victoria

Entonces, sucedió. Mientras mi corazón respondía, “Sí, Señor, creo”, el Espíritu Santo descendió sobre mi carro, y en un punto en la carretera 36 ¡tuve un encuentro con el Dios viviente en todo su poder santificador y liberador!

En un instante, se terminó la guerra. Dios destruyó sin esfuerzo las actitudes que yo había tratado tan duramente de vencer. Batallas que yo había peleado toda mi vida, Dios las

terminó sin que yo ni siquiera levantara un dedo. Por primera vez en mi vida, comprendí el significado de las palabras, “Si el Hijo los libera, serán ustedes verdaderamente libres.”

El nuevo entendimiento

Antes de este encuentro, mis creencias acerca de la santidad, aunque teológicamente sólidas, se basaban en lo que se me había enseñado y no en mi experiencia personal. Había estudiado esta doctrina y podía defender efectivamente su verdad y validez. Había orado con oraciones de consagración a Dios y, aunque no me sentía santificado, había aceptado “por la fe” que Dios tenía que haber completado la obra. Como resultado, me había levantado del altar con una determinación de vivir una vida de santidad -- pero sin haber sido enteramente santificado.

La santidad no es algo que podemos lograr nosotros mismos. Es algo que Dios puede cumplir en nuestra vida si le permitimos hacerlo. Dios sí, santifica, no porque nosotros hayamos orado correctamente sino porque él ha prometido hacerlo. La parte nuestra es presentarnos como sacrificio vivo, pero es Dios el que santifica.

Chet Dodd es pastor y escritor
del estado de Indiana, EE.UU.

LA SANTIDAD BÍBLICA

Por Wayne M. Warren

“Aplicáse usted totalmente al texto, y aplique el texto totalmente a usted”, sugirió una nota en un Nuevo Testamento griego del 1734. El camino fue largo desde Juan Wycliffe y sus amigos de Lollard hasta los avivamientos wesleyanos, pero mientras Juan Wesley se aplicaba totalmente al texto y aplicaba el texto totalmente a sí mismo, su vida y ministerio se enfocaron siempre más en la santidad personal. Iniciando un avivamiento de la santidad, el ministerio de Wesley engendró la organización de unas cuantas denominaciones de santidad. Un evangelista de la frontera noroeste del estado de Ohio repudió la doctrina de la santidad por diez años, explicando que su rechazo se debió a lo incongruente de la santidad con la desobediencia: “el cambio maravilloso que Dios había obrado en mí en aquel tiempo se perdió con mi desobediencia al no ceder al llamado de predicar el evangelio bendito de Jesús.” Más luego, admitió su desdén con el fanatismo que veía entre “los que profesaban la segunda obra del Espíritu”. Acordó que estaba saturado con prejuicios, pero siendo sincero en su búsqueda, estudió pasajes como 1 Pedro 5:10 y Efesios 3:14-20, y por fin experimentó la santificación como una crisis, una segunda obra de la gracia. Participó activamente por un tiempo en la Asociación de la Santidad, pero se separó de la organización porque no estaba de acuerdo con la insistencia en la membresía denominacional, creyendo que esto no estaba de acuerdo con su creencia en la presencia unificadora del Espíritu. La santidad y la unidad llegaron a ser su grito enfático, y más tarde escribió:

*De regreso a la vieja Biblia bendita.
De regreso a la ciudad de Dios,
De regreso a la unidad del cielo,
De regreso adonde los fieles han andado
De regreso del campo de confusión,
Libres de la esclavitud de los credos,
De regreso a la luz de la mañana,
Jesús nuestro Capitán nos guía.ⁱ*

Al descubrir que las Escrituras enseñan una iglesia unida en el mundo dividido donde vivía, el evangelista joven se unió en confraternidad con todos los creyentes, convencido de que el bautismo del Espíritu uniría en verdad a todos los creyentes. Tal como Wesley y otros, pensaba que las Escrituras debían controlar las creencias y el comportamiento y producir la santidad personal. Para este fin,

convino con Dios y en su diario describió en detalle su relación con Dios. Concluyó el pacto así:

Al firmar este pacto solemne, comprendo que me comprometo a vivir, actuar, hablar, moverme, sentarme, levantarme, acostarme, comer, beber, oír, ver, sentir, y en cualquier cosa que hago todos los días y todas las noches de mi vida, hacer todo continua y exclusivamente para la gloria de Dios. De hoy en adelante no tengo nada en mi posesión ni bajo mi control sino las cosas sobre las cuales podré escribir siempre: “Santo y dedicado a Dios”.ⁱⁱ

Tiempo después, escribió las palabras poéticas que confesaban....

*Por obedecer tu Palabra bendita,
Probamos, Señor, nuestro amor sincero;
Porque te oímos decir suavemente.
“El amor actúa como también oye”
En tus pasos seguir humildes,
Tus mandatos amar cumplir.ⁱⁱⁱ*

Creo que dondequiera que se encuentre la vitalidad y el carácter cristiano, se encuentra una Biblia abierta. Leer la Biblia y obedecer sus preceptos unirán a los creyentes en formas que impacten notablemente la sociedad mediante el liderazgo moral de la santidad bíblica.

ⁱ D. Otis Teasley, “Back to the Blessed Old Bible”, *Worship the Lord*, (Anderson : Warner Press, Inc., 1989), p. 354.

ⁱⁱ Journal of S.D. Warner, p. 274 (from reproduction of A.F.Gray opy, ed. By Frederick H. Shively and Verne P. Teddler, 1972).

ⁱⁱⁱ Op.cit. Woership the Lord, p. 348... Teasley, loc.